

Herman PAUL, *La llamada del pasado. Claves de la teoría de la historia*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2016. Traducción: Virginia Maza. 242 pp. ISBN: 978-84-9911-392-0

El autor, un joven historiador holandés, discípulo de Frank Ankersmit, ha elaborado una síntesis que replantea los temas clásicos de teoría de la historia, y además, tal y como los aborda, debería convertirse en manual obligatorio para los profesores y alumnos que se congregan en torno a esa asignatura mal conceptuada como “filosofía de la historia”. En efecto, los estudiantes del Grado de Historia tienen que sufrir que se les enseñe como filosofía de la historia una serie de autores y cuestiones administrados por inercias narcisistas y producidos en condiciones de ignorancia de las realidades que hoy preocupan y necesitan los historiadores del siglo XXI. Por eso mismo, Herman Paul plantea su libro como las claves para entrar en el “maravilloso mundo de la teoría de la historia”, porque, con buen tino, sus editores ingleses le advirtieron de que la “filosofía de la historia” andaba perdida en especulaciones metafísicas, sin enraizamiento con las reflexiones que hoy se suscitan en la tarea de historiar.

La teoría de la historia, por tanto, debe dar respuestas a las formas en las que los seres humanos se relacionan con el pasado. Va más allá de la filosofía, porque no se constriñe al pensamiento histórico de unos u otros autores, sean Hegel, Marx o Benjamin, sino que examina los lenguajes, los discursos, las experiencias y las memorias, que no sólo abordan lo que sabemos del pasado sino cómo nos sentimos ante ese pasado. Para facilitar estas reflexiones teóricas, el autor no cae en esa jerga abstrusa, que no profunda, que tienta a bastantes autores. Por el contrario, Herman Paul echa mano de dos recursos didácticos encomiables. Primero, desarrolla cada capítulo a partir de ejemplos vivos e instructivos, sin pedanterías pomposas. Y en segundo lugar, incluye una serie de veintiseis recuadros y tablas conceptuales que hacen de jalones que iluminan la lectura y afianzan las ideas planteadas en los sucesivos capítulos. Por eso este libro sería un buen manual para estudiantes de Historia.

La estructura también responde a un plan pedagógico coherente. Tras deslindar los contenidos específicos y las características de la teoría de la historia, se explica una definición del pasado no sólo como realidad de momentos anteriores en el tiempo, sino como la parte de la historia que se expone y se entrega como “conclusa”, “extraña” o “diferente del presente”. Con tales puntos de partida, se procede al estudio de los impulsos que nos mueven a interesarnos por ese pasado, y así, a partir del capítulo 3, comienza la aportación más original de Herman Paul. En sintonía con los estudios de Mark Day y Jörn Rüsen, sistematiza nuestras relaciones con el pasado en cinco dimensiones: epistémica, moral, política, estética y material. Cada una constituye sucesivos capítulos, tan ricos en contenidos que dar cuenta de todos ellos rebasaría las lindes de este reseña. Se trata de

un planteamiento que considera el pensamiento histórico no sólo como la tarea de conocer y comprender sino que también sirve al mismo tiempo a varios propósitos, sean materiales, políticos, estéticos o morales.

Por lo que se refiere a la relación material con el pasado, Herman Paul especifica que no se trata de una actividad teleológica, pues no se trata de lo que las personas hacen con el pasado sino “lo que el pasado hace a la personas”. Por eso la relación material con el pasado precede a las demás, es previa al establecimiento de una relación epistémica y además incluye la “posición de sujeto” del historiador, porque las personas, en general, y los historiadores en concreto reaccionan ante sus tradiciones y tratan sus propios prejuicios no de forma pasiva sino activa y también crítica.

A esto se suma que todas las relaciones con el pasado, salvo la material, albergan varios propósitos. Así, al calificarlas de epistémicas, morales o políticas, se les asignan fines muy amplios. Baste recordar la complejidad del propio concepto de epistémico, que implica normas y definiciones de dos procesos distintos, el del conocimiento y el de la comprensión, “saber el qué” y “saber el por qué”. Más aún, “saber el por qué”, a su vez, requiere desentrañar causas, contextos y relaciones que exigen ser definidas de forma unívoca, para que no se solapen con las relaciones morales y políticas que las personas mantienen con el pasado.

En concreto, en las relaciones políticas con el pasado es donde se presentan numerosos condicionantes. Los hay tan sutiles como el uso de los pronombres personales que utilizan las personas al referirse a ese pasado, y otros tan reveladores como los temas de investigación elegidos, las preguntas planteadas, los marcos de referencias y hasta las formas de relato. De este modo, Herman Paul sostiene que “siempre que los historiadores utilizan normas metodológicas, elaboran explicaciones o narran relatos, la política andará cerca”, porque la “relación política con el pasado impregna todo su pensamiento histórico” (p. 136). Es muy ilustrativo el ejemplo que analiza las guerras por la historia existentes en Australia, un caso que viene muy bien a los historiadores españoles para desdramatizar y comprender mejor las “guerras por el pasado” que nos afectan.

La conclusión es rotunda, en todas las guerras por la historia, sean de Australia, de Alemania o de España, se dilucidan polémicas que por definición son auténticos “*metadebates* sobre las reglas de la labor del historiador y las normas que definen una investigación histórica sólida” (p. 141). Porque no se trata de controversias sobre cómo interpretar el pasado de uno u otro país, o un determinado conflicto social, sino que versan sobre la interpretación de la historia y sobre los requisitos exigibles para que se pueda establecer que se ha hecho una buena investigación. Además, ahí se pone en juego el concepto de verdad, tan complejo que deja sin respuesta definitiva a historiadores y filósofos.

En este punto, Herman Paul plantea la necesidad de diferenciar lo que se entiende por verdad y la forma en que se puede determinar la verdad de una afirmación, o sea, la distinción entre “verdad” y “esclarecimiento de la verdad”. Considera que hay que esforzarse ante todo en buscar criterios para valorar los argumentos históricos, antes que elucubrar sobre teorías de verdad, sean la correspondentista o la coherentista. El autor hace suyos los seis criterios que Mark Bevir estableció para evaluar los argumentos históricos: exactitud, amplitud, coherencia, originalidad, fecundidad y transparencia (*The Logic of the History of Ideas*, 1999). A ellos suma la propuesta de Frank Ankermit, con su apuesta por desplazarse de la “verdad” a la “verosimilitud”, o a la “afirmación justificada”.

Llegados a este punto, Herman Paul trata de evitar el relativismo y se afana en afinar los mejores criterios posibles para la verificación crítica de esas “afirmaciones justificadas”. Por otra parte, en las cinco relaciones con el pasado señaladas siempre figura la dimensión moral, lo que exige establecer un equilibrio entre todas a partir de la ética profesional. Con tal fin, se detalla un plan de gestión de ese equilibrio que debe regir la investigación histórica

y la conversación con el pasado. Son tres las exigencias éticas que enuncia: que la relación con las fuentes sea exclusivamente epistémica; que el historiador sea consciente de estar imbuido de orientaciones morales, políticas, religiosas o económicas, como cualquier otra persona; y, por último, que, para contrarrestar esas orientaciones, sea la relación epistémica la más decisiva en la investigación histórica.

Así, al darle prioridad a la relación epistémica se desecha del trabajo académico toda invención, falsificación y plagio, y sobre todo se exige que la investigación se centre en la adquisición de conocimiento y comprensión del pasado. Semejante dinámica de investigación requiere, en primer lugar, que se hagan preguntas relativas al conocimiento y comprensión del pasado, y no sobre la conveniencia política o moral de una determinada interpretación histórica. En segundo lugar, hay que someter todas las hipótesis e ideas a un “proceso de *corrección* permanente” por parte de los colegas y de las fuentes; y, por fin, es obligatorio mantener “cierta *distancia* de los propósitos no epistémicos”, que siempre acechan al investigador, tales como el nacionalismo, la religión, o incluso el éxito profesional (pp. 230-231).

Se trata de un proceso en el que siempre late la inquietud por la objetividad. Y esta ni existe en el sentido absoluto del positivismo clásico, ni se solventa con el uso de técnicas y métodos impersonales, por más que se eche mano de técnicas cuantitativas, más o menos matematizadas. El autor defiende que la objetividad sólo se puede establecer a través de largos procesos de crítica y debate que produzcan un consenso en cuyo desarrollo sabemos que hay que contar con la subjetividad como artífice indispensable para la constitución de objetos. La propuesta sería la de una objetividad dialéctica que reconociera que “los historiadores son personas de carne y hueso cuya subjetividad no es ningún *obstáculo*, sino una *condición necesaria* para el conocimiento y la comprensión del pasado” (p. 237). De este modo, la objetividad sería el producto de una interacción entre historiadores, por un lado, y de estos con sus fuentes, por el otro, porque, tal y como cita de Edward H. Carr, el historiador “no es ni el humilde esclavo ni el tiránico amo” de las fuentes (p. 237).

Se llega así a la última cuestión del libro, al comportamiento profesional que debemos adoptar los historiadores si pretendemos actuar con integridad científica. El autor hace suyo el código ético de la AHA (*American Historical Association*): “respetar los registros históricos”, y también “respetar y aceptar puntos de vista diferentes, incluso cuando argumentan en contra de esos puntos de vista o los sometan a un análisis crítico”. Esto es, que los historiadores deben desarrollar una serie de virtudes epistémicas que constituyan una ética de la práctica académica, entendiendo por virtud no sólo su significado coloquial de decencia, sino el de calidad humana que las personas cultivan y practican para producir un fin determinado, en este caso el del conocimiento y comprensión de la realidad.

En efecto, virtudes epistémicas como la objetividad no se reducen a normas de medición sino que se comprueban por grados de realización, porque la objetividad es una meta en cuya conquista trabajan los historiadores, y por eso no se puede medir si una obra es objetiva con “un sí o no”, pues en la práctica esa objetividad es un continuo que va de “poco” a “mucho”. En consecuencia, el autor, para concluir, apuesta por una ética de la investigación histórica anclada en el desarrollo de una serie de virtudes epistémicas que permitan gestionar las relaciones con el pasado desde la exactitud, la objetividad, el valor y también la empatía y la curiosidad. Sería su fórmula para escapar de esa “improductiva dicotomía entre positivismo y relativismo”, y alcanzar, por tanto, estándares de excelencia en ese juego dialéctico persistente entre hipótesis y fuentes, entre preguntas del presente y comprensión del pasado.

Juan Sisinio PÉREZ GARZÓN
Universidad de Castilla-La Mancha
JuanSisinio.Perez@uclm.es